



Jim Harrison Tornar a la terra

Traducció de Marc Rubio

Novel·la

La Campana

DE repente, entre tanta literatura acelerada, donde el objetivo reside no tanto en contar, como en asfixiar al lector en una carrera de interminables sucesos, he tropezado recientemente con dos autores americanos que visten a sus personajes de pausas, silencios y soledades, haciéndolos grandes en medio de la inmensidad que les rodea. Se saben pequeños e insignificantes junto a todos los seres que la naturaleza ha ido poniendo en su camino: a alguno de esos seres se han tenido que enfrentar y con otros han hecho frente común, pero todos, unos y otros, les dan la vida y de alguna manera también viven en ellos. La primera de esos autores es Toni Morrison y su novela *Una bendición*. El segundo, que es el que ahora me ocupa, es Jim Harrison y su obra *Regreso a la tierra* (*Tornar a la terra*, en la versión catalana de la editorial La Campana, traducció de Marc Rubio, Barcelona, 2009), un libro intensamente humano porque como dice el protagonista al poco de comenzar: “a mí me gustan las historias con personas”.

Un hombre que se sabe cercano a la muerte, hace una pausa en su vida para enfrentar el último tramo. Reflexiona, para contar a los suyos y contarse a si mismo, qué es y, por tanto, qué ha sido. Intenta así situarse entre los que ama porque los ha escogido y aquello que le ha sido dado: su tierra. De tierra soy y a ella vuelvo parece

referir como subtítulo el libro de Jim Harrison, porque después

de todo no somos otra cosa que seres vivos y ante la naturaleza que nos rodea los hombres podemos sentirnos el ser más poderoso, pero al final lo somos tanto como cualquier otro de los seres que la habitan: “Les dije que no estaba excesivamente preocupado por mi muerte inminente, ya que es lo que les sucede a todos los seres vivos tarde o temprano. Tarde sería mejor, pero no está en mi mano decidir”. Morir, como nacer, no está en nuestras manos, pero vivir sí. De esta manera el relato no sólo nos invita a acompañar a un moribundo, sino que también nos hace partícipes del devenir de aquellos que lo acompañan tanto antes como después de su muerte y resulta

JIM HARRISON, *Regreso a la tierra*, traducción de Esther Roig, RBA, Barcelona, 2009, 288 pp. ISBN 978-84-9867-607-5 / *Tornar a la terra*, traducció de Marc Rubio, La Campana, Barcelona, 2009, 336 pp. ISBN 978-84-96735-36-1 (*Returning to Earth*, 2007).



RBA

Jim Harrison Regreso a la tierra



más dolorosa la vida del que queda vivo porque “a pesar de todas las distracciones que ofrece nuestra cultura, no hay forma de evitar el dolor de la muerte”. Por eso esta novela nos permite crecer y ser mejores, porque nos relata el devenir de unos personajes desde la vida hasta la muerte, o mejor, nos relata la vida misma que es tanto el vivir como el morir. Y la muerte, no la afronta por igual el enfermo, la esposa o el amigo, pero no por el hecho de la ausencia futura, sino más bien por la presencia pasada y la huella futura: el preguntarse por cómo viviremos conlleva conocer cómo hemos vivido.

El libro nos lleva en un continuo viaje de lo que fuimos a lo que seremos, pasando por lo que somos, pero no siempre en el mismo sentido porque en ocasiones aquello que ignoramos es lo que nos permite caminar. En ocasiones, lo que hemos hecho y conocido nos impele a seguir, pero en otras es lo desconocido lo que nos atrae para intentar resolverlo. Y en este viaje, que todo libro supone, nunca sabemos en qué dirección vamos y “el paisaje cambia según el sentido en que viajas por la carretera”.

Entonces, para entender mejor cómo es esa comunión con la naturaleza, Jim Harrison recurre a la cultura india norteamericana, por su respeto al entorno, por su intento de acabar alcanzando la mimesis con el mundo natural: ser hombres sin dejar de ser animales salvajes, sin olvidar que aquello que más nos aleja de los animales es el habla, pero que a la vez, sólo el hablar no nos hace hombres: “los nativos no llenan todos los huecos con conversación banal. No creen que hablar sea pensar”. Por eso la novela está llena de olores y sonidos, como si fueran estos los sentidos ancestrales que nos retrotraen a la naturaleza y nos hacen terrenales: el oso que husmea, el sonido del río, el frío que aísla, la tierra que acoge, el tocón que sirve de trono, el cuervo negro... No es lo mismo morir y convertirse en estrella, pájaro, oso... que morir y esperar ser aliento en un lugar más allá. Igualmente cada vida tiene su paso, su devenir, y de nada sirve intentar precipitar los acontecimientos: ser salvaje es asumir la cadencia con que el tiempo pasa y vamos creciendo. En el relato uno de los personajes, impaciente, recurre al cine y a la literatura para conocer rápidamente, en unos centenares de páginas o en unos miles de fotogramas, el final de una historia. Ni la literatura, ni el cine son buenos refugios para conocer el final de una historia, aunque en ellos encontraremos nuestra propia historia. El relato no crea un mundo imaginario para vivir en paralelo aquellas cosas que no podemos acelerar en la vida real: “la vida es lenta y yo veía películas para saber inmediatamente qué sucedía a continuación” y en definitiva lo importante no estaba en el final (que todos conocíamos), sino en cómo formamos entre todos ese final.

Resulta un tributo a la naturaleza morir y volver a ser parte de ella. Por muy hostil que en ocasiones se muestre la naturaleza, siempre acaba siendo generosa y nos acoge sin tragedia. Sin embargo las tragedias surgen allí donde el hombre construye sin atender al otro e incluso en contra de él y Jim Harrison las ilustra con los indios discriminados, con los inmigrantes abandonados a su suerte en una frontera irreal, con las vidas truncadas como la de Vera, que arrastra el saber que otra vida hubiera sido posible, lo cual le añade más amargura: “es difícil vivir con la vida no vivida”.

Una escultura de barro, tan precaria como la vida, va creciendo entre las líneas del relato y en su interior se ocultan ciertos secretos que el hombre conserva para sí. Parece que ante la naturaleza únicamente podemos mostrarnos desnudos y sin embargo, como ni ante ella estamos solos, siempre conservamos algo tan íntimo que no somos capaces de explicarnos a nosotros mismos. Secretos arraigados en lo profundo que crecen con nosotros y que ni la aparente soledad de la muerte nos deja desvelar, ¿Por qué ha de



ser necesario sincerarse antes de morir? “debo conservar algunas cosas para mí mismo y para nadie más”. Con esos secretos e intimidades se despide de la vida, el protagonista de la novela de Jim Harrison, Donald, sin ser más que el oso, el agua o el árbol, “buscando ánimo en el silencio no tan benigno de la tierra”.

“Puedes recordarme pero déjame marchar”, reza el epitafio de la tumba, abierta desde las primeras líneas y que no será clausurada hasta que el lector recree los pasos de un autor ensimismado, entrañablemente unido a la tierra.

José V. Garibo